

LOS CAZADORES DE GLITCHES

LA AMENAZA DE LA
INTELIGENCIA ARTIFICIAL

JAUME FIGUERAS

**LOS
CAZADORES
DE
GLITCHES**

**LA AMENAZA DE LA
INTELIGENCIA ARTIFICIAL**

JAUME FIGUERAS

Copyright © 2025 Jaume Figueras

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798307261354

CONTENIDO

	El origen de los Cazadores de Glitches	i
1	El primer glitch	3
2	Tiempo límite en la sala de servidores	11
3	Cuando la desconfianza crece	17
4	El Avi y el código perdido	23
5	La profesora con un secreto	29
6	Unidos contra el sistema	34
7	La biblioteca y los archivos prohibidos	39
8	¿Confiar o no confiar?	45
9	Descenso al corazón de la red	50
10	Santuario al descubierto	59
11	Las consecuencias de la verdad	64
12	El plan para derrotar a la IA	68
13	Estrategia: infiltración y virus	74
14	Misión: entrar en el edificio	81
15	El contraataque de Santuario	89

16	Atrapados en la manipulación	96
17	Rompiendo el silencio	102
18	El ataque de phishing se extiende	112
19	Decisión difícil: ¿seguir o rendirse?	120
20	Verdades ocultas y nuevas traiciones	127
21	La rendición (¿o no?)	134
22	El apagón de Santuario	141
23	El Avi y la última esperanza	148
24	Infiltración en el almacén	154
25	Santuario cae... ¿de verdad?	162
26	Un nuevo comienzo	167
27	Epílogo: ¿fin del juego o nueva partida?	177

EL ORIGEN DE LOS CAZADORES DE GLITCHES

Este libro nace de mi pasión por la tecnología, mi curiosidad por entender lo desconocido y, sobre todo, de las personas que me rodean y dan sentido a mi vida.

Como informático y amante de la inteligencia artificial, siempre he disfrutado explorando los retos que plantea este mundo en constante cambio. Pero lo que realmente me ha inspirado y ha dado forma a esta creación es mi familia y los valores que compartimos. En *Los Cazadores de Glitches* he querido plasmar no solo mi fascinación por el mundo tecnológico, sino también rendir un homenaje a quienes más quiero.

Sandra y Erik, mis hijos, son el alma de esta historia. En los personajes de Laura y Aleix están reflejados su ingenio, su valentía y esa capacidad inagotable para descubrir el mundo con ojos llenos de curiosidad.

El avi Jaume, tan sabio y entrañable, es un tributo a mi padre, con quien compartí mis primeros veinte años de trabajo en el mundo de la informática. De él no solo he adquirido los pilares de mi conocimiento, sino también los valores del esfuerzo y la perseverancia. Su brillantez intelectual, combinada con una humildad extraordinaria, lo han convertido en una de las figuras fundamentales de mi vida.

Y, por supuesto, este libro no existiría sin el apoyo incondicional de Alicia, mi mujer, mi compañera de viaje. Su paciencia infinita y su comprensión durante las largas horas que he dedicado a este proyecto han sido mi mayor sustento en esta apasionante aventura.

Los Cazadores de Glitches es, para mí, un homenaje a mi familia y a los valores que representan: el amor, el respeto, la superación y la importancia de enfrentarse a los retos juntos.

Espero que disfrutes de esta aventura tanto como yo he disfrutado dándole vida.

A mi familia, este libro es para vosotros. Os quiero.

1

El primer glitch

El silencio dominaba los pasillos del colegio Sant Martí, roto solo por el eco lejano de unas risas en el patio. A esa hora, con los pasillos casi vacíos tras las clases, el aula de informática aún mantenía el ajetreo de un pequeño grupo de estudiantes.

En el centro, Laura repasaba sus apuntes para la Selectividad con una concentración casi obsesiva. Quería entrar en Medicina y no iba a dejar que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

A su lado, su hermano Aleix, de catorce años, estaba absorto en su portátil. Laura alzó la mirada y lo observó por un instante. De complexión atlética, tenía un talento innato para la tecnología y destacaba por su increíble habilidad

para descifrar códigos.

—¿Otra vez con tu investigación? —preguntó, apoyando la barbilla en la mano.

—Es hacking ético, gracias. Pero sí, también podríamos llamarlo investigación —respondió Aleix, sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿No te cansa estar todo el día detrás de una pantalla? —insistió Laura, girándose hacia él.

Aleix dejó escapar una sonrisa, sin despegar los ojos del ordenador.

—¿Y a ti no te cansa estudiar tanta teoría sin usarla para nada? —replicó, subiendo ligeramente el tono para hacerse notar.

Laura bufó, volviendo a sus apuntes.

—Aprovecho el tiempo, no como tú, que te pasas el día trasteando con el portátil.

—“Trastear”, claro. A ver si el día que te haga falta un poco de “trasteo” cambias de idea.

Laura puso los ojos en blanco, pero en su boca se dibujó una ligera sonrisa que ocultó tras su mano.

Fue entonces cuando las luces del aula parpadearon de repente y los ventiladores de los ordenadores emitieron un zumbido más fuerte.

Laura levantó la vista, molesta.

—¿Otra vez? Esto ya es el colmo —protestó, golpeando la mesa con el bolígrafo.

—Igual es una señal para que descanses, que te

van a reventar las neuronas —bromeó Julia desde el otro lado de la sala. Había dejado el móvil a un lado y miraba con curiosidad lo que ocurría. Su coleta rubia alta y su sudadera colorida le daban un aire relajado, como si nada pudiera perturbar su calma habitual.

Mario, sentado sobre una mesa, giró la cabeza hacia la puerta con interés.

—Esto parece sacado de una película de miedo barata. ¿A ver si va a aparecer un payaso asesino o algo así? —comentó con una media sonrisa.

Aunque solía tomarse las cosas con calma, Mario era de los que siempre tenían una solución rápida para todo. Su habilidad para liderar el equipo de baloncesto del colegio se traducían en una seguridad que inspiraba confianza, incluso en situaciones como esta.

—Es muy raro. He estado mirando unos fallos en la red del cole. Al principio pensé que era casualidad, pero ya no lo creo. —dijo Aleix.

Laura dejó escapar un suspiro.

—¿Y ahora qué? Seguro que has tocado algo, como cuando desmontaste la tablet de mamá “para hacerla más rápida” —respondió con sarcasmo.

Aleix sonrió con aire inocente.

—Primero: aquello funcionó. Segundo: esto no tiene nada que ver conmigo. Es un problema real.

Julia se acercó a la mesa de Aleix con las manos en los bolsillos.

—¿Fallos? —dijo, interesada—. ¿Qué tipo de fallos?

—Glitches —respondió Aleix, girando la pantalla de su ordenador hacia los demás. En ella había gráficos y líneas de código que parecían moverse sin ningún sentido.

Mario dejó la pelota que tenía entre las manos en la mesa y se inclinó hacia la pantalla. No era un crack en tecnología, pero cuando se trataba de patrones y problemas lógicos, su mente era capaz de encontrar pistas donde otros no las veían.

—Vale, pero... ¿qué es un glitch exactamente? —preguntó Mario, intentando comprender cómo encajaba todo.

—Son errores, fallos en los sistemas. Al principio eran solo cortes de internet. Pero ahora... mirad esto. —Señaló una serie de picos en un gráfico—. Hay patrones que se repiten cada cierto tiempo. No son fallos aleatorios. Creo que alguien está haciendo esto a propósito —explicó Aleix.

Antes de que nadie pudiera responder, la impresora del aula comenzó a funcionar sola, expulsando hojas llenas de símbolos extraños. Julia dio un pequeño brinco, claramente sorprendida.

—¿Y esto? ¿Ahora la impresora también se ha vuelto loca? —preguntó, señalándola con una mezcla de confusión y nerviosismo.

En ese momento, Laura notó algo extraño en su ordenador. Las ventanas empezaron a cerrarse, una tras otra, como si alguien las estuviera controlando.

El archivo en el que trabajaba desapareció, y su expresión cambió al instante, pasando del desconcierto al miedo.

—¡No! ¡Mis apuntes! —exclamó, pulsando las teclas con desesperación—. ¡Se han borrado todos!

Aleix dejó su ordenador y se acercó rápidamente a ayudarla.

—Tranquila, déjame ver. Puedo intentar recuperarlos —dijo, tomando el portátil.

—No me importa si tienes que hackear la NASA, necesito recuperarlos, Aleix —soltó, cruzándose de brazos con una mezcla de enfado y preocupación.

Mario, que observaba la situación desde la mesa, negó con la cabeza.

—Esto ya no parece un fallo normal. Entre la impresora, las luces y ahora esto... Aleix, ¿estás seguro de que no te estás inventando cosas?

Aleix no respondió de inmediato. Seguía escribiendo con rapidez, analizando la pantalla de Laura con una concentración que hizo que todos guardaran silencio.

—No es un fallo. Esto lo está haciendo alguien a propósito —dijo al fin, inclinándose hacia la pantalla.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Julia, que ahora estaba apoyada en la mesa de Laura, mirando por encima

del hombro de Aleix.

—Por los patrones. Mirad esto —señaló unas líneas de código en la pantalla—. Es como si alguien estuviera probando diferentes formas de acceder a los sistemas. Pero lo más raro es esto... —abrió una carpeta en su ordenador—. Hay datos que desaparecen justo antes de que se produzca cada fallo. No es casualidad.

Laura se pasó una mano por el pelo, claramente frustrada.

—Genial. ¿Y qué se supone que hacemos? Porque yo necesito esos apuntes antes del examen.

Aleix alzó la vista, con una expresión seria.

—Quizá, si accedo a la sala de servidores, pueda rastrear quién está detrás de esto. Desde aquí no tengo permisos suficientes —dijo Aleix, mirando a sus compañeros.

Mario botó su pelota contra el suelo, rompiendo el silencio.

—Vale, pero ¿cómo piensas entrar ahí sin que te pillen? —preguntó, apoyándose en el respaldo de una silla.

Aleix se giró hacia él con una sonrisa. Parecía tenerlo todo calculado.

—La sala de servidores no está siempre vigilada. Solo necesitamos distraer al conserje durante un rato. El resto lo dejáis en mis manos.

Julia lo miró con una mezcla de incredulidad y nerviosismo.

—¿Distraer al conserje? ¿Y qué pasa si nos pilla?

Esto no es una película, Aleix.

—Por eso tiene que ser rápido. Si conseguimos que el conserje no salga de su puesto, puedo colarme, revisar los registros y estar fuera en menos de cinco minutos —dijo Aleix con una seguridad que hizo que Julia cruzara los brazos, visiblemente inquieta.

—¿Y si no sales en cinco minutos, qué hacemos? ¿Organizamos una huida de película? —dijo Mario con tono burlón, aunque había un brillo de emoción en su mirada.

Laura, que había estado escuchando en silencio, cerró su portátil con un movimiento decidido.

—Lo haremos, pero a mi manera. Si vamos a meternos en esto, lo organizaremos bien. Ni errores ni improvisaciones.

Aleix asintió, confiando en ella.

—Perfecto. Tú mandas, pero necesito que alguien hable con el conserje. Julia, Mario... ¿alguno?

Julia resopló, girándose hacia Mario.

—Seguro que Mario puede distraerlo con alguna historia de su equipo de baloncesto.

Mario sonrió, lanzando la pelota al aire y recogéndola con soltura.

—Por supuesto. El entrenador siempre dice que tengo

carisma. Yo me encargo.

—Bien —dijo Laura, tomando el control—. Aleix, ten todo preparado. Mario, asegúrate de mantenerlo alejado el tiempo suficiente. Julia y yo estaremos pendientes de que no pase nadie por el pasillo. Y que quede claro: si algo sale mal, nos largamos.

Aleix conectó un pendrive a su portátil y empezó a transferir algunos archivos.

—Confía en mí. Esto será pan comido —murmuró, concentrado.

Julia no parecía tan convencida, pero al final asintió.

—Vale. Pero si nos pillan, esto ha sido idea tuya, Aleix.

Laura se detuvo, mirando al grupo con seriedad.

—Venga, pues vamos directos a la sala de servidores. Pero Aleix, ni un segundo más del tiempo acordado, ¿entendido?

Aleix levantó el pulgar sin apartar la vista de la pantalla.

—Entendido. Esto va a ser divertido.

2

Tiempo límite en la sala de servidores

La luz del atardecer se colaba por las ventanas, proyectando sombras alargadas en las paredes del instituto. El grupo avanzaba en silencio. Nadie decía nada, pero la tensión flotaba en el aire.

—¿Seguro que va a salir bien? —susurró Julia, rompiendo el silencio.

—Tranquila, lo tengo controlado —respondió Aleix, sacando su pendrive del bolsillo—. Entramos, copiamos los ficheros y salimos. Fácil.

Laura se detuvo y les miró con seriedad, hablando en voz baja pero firme:

—Nada es fácil. Aleix, te quiero concentrado. Mario, distrae al conserje como sea. Julia y yo cubriremos el pasillo y, si algo sale mal, nos largamos.

Aleix asintió.

—Tranquilos, no tardaré mucho.

Mario se separó del grupo y desapareció en dirección al despacho del conserje.

El resto se dirigió al final del pasillo, donde una puerta metálica sin señales especiales escondía la sala de servidores. Laura se colocó junto a la entrada mientras Aleix sacaba un dispositivo USB que él mismo había configurado. Lo conectó al lector de acceso y enlazó su portátil.

Tras unos segundos, el lector emitió un clic y la luz roja pasó a verde.

—¡Abierto! —dijo Aleix, recogiendo su dispositivo.

Laura lo miró con los ojos muy abiertos, claramente impresionada.

—Eres un puñetero genio... pero no te lo voy a repetir, así que no te acostumbres.

Entraron sin perder tiempo. La sala era pequeña, con dos armarios metálicos llenos de servidores y un caos de cables enredados por todas partes. El zumbido constante de los ventiladores llenaba el ambiente, haciéndolo aún más agobiante. Julia echó un vistazo rápido y murmuró:

—¿De verdad todo el colegio depende de este chiringuito?

—Ya vale con las bromas —la cortó Laura—. Aleix, conecta tu portátil. Tenemos poco tiempo.

Aleix se colocó frente al servidor principal, enchufando su equipo. La pantalla comenzó a llenarse de líneas mientras Aleix tecleaba a toda velocidad.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Julia.

—Un archivo llamado "Santuario-01" —respondió Aleix, sin apartar la vista del ordenador—. Según lo que he leído, contiene información sobre los fallos en la red... y algo más. Pero está protegido.

Laura se acercó a Aleix.

—¿Cuánto necesitas?

—Si nadie nos molesta, unos tres minutos.

Julia, desde la puerta, les interrumpió con un susurro urgente:

—Tenemos un problema. Hay alguien en el pasillo.

—¡Mierda! —masculló Aleix, escribiendo más rápido.

Laura se unió a Julia.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Están cerca. Podría ser alguien que ha vuelto a por algo.

Laura reaccionó al instante.

—Apaga las luces —ordenó.

Julia apagó el interruptor. La sala quedó sumida en penumbra, iluminada solo por el tenue brillo de la pantalla de Aleix. Nadie se movió. Los pasos se acercaban.

Un sudor frío le recorrió la espalda. Con cada paso al otro lado de la puerta, sentía cómo sus piernas temblaban más y más.

Estaba acostumbrada a las locuras de Aleix, ya que ambos iban al mismo curso, pero nunca pensó que terminaría metida en una situación como esta.

Miró a Laura, que le hizo un gesto de silencio. Aleix seguía trabajando, ajeno a la tensión que se respiraba en el ambiente.

De pronto, los pasos se detuvieron. Julia contuvo la respiración, pero lo que pasó a continuación hizo que su corazón se disparara: un ruido metálico, como si alguien estuviera manipulando la cerradura.

—¿Qué está pasando? —susurró Julia, mirando a Laura con los ojos muy abiertos.

Laura levantó una mano para que se callara. Se acercó con cautela a la puerta, pegando el oído a la superficie metálica. Los sonidos al otro lado eran débiles, pero seguían ahí.

—Están intentando abrirla —murmuró Laura, retrocediendo hacia Julia.

—Aleix, date prisa —dijo Julia, con un tono que dejaba clara su ansiedad.

—Casi lo tengo, dame un segundo más —respondió Aleix, sin apartar la vista de la pantalla.

El ruido de la cerradura cesó de repente, pero no era suficiente. Alguien seguía ahí fuera.

Laura agarró a Julia del brazo y la guió hacia la esquina de la sala, donde podían ocultarse parcialmente detrás de uno de los armarios metálicos.

—Si entran, no te muevas. Déjame a mí — susurró Laura con firmeza.

Pero antes de que pudieran seguir escondiéndose, Aleix exclamó:

—¡Listo! —dijo, mientras copiaba los archivos en su portátil.

Tras unos segundos que parecieron eternos, los pasos se alejaron.

Julia soltó un suspiro de alivio.

—Por poco...

—Lo tengo —dijo Aleix, desconectando su ordenador—. Tenemos lo que necesitamos.

—Salgamos antes de que vuelvan —ordenó Laura.

Abandonaron la sala en completo silencio, moviéndose rápido pero con cuidado. No se relajaron hasta que estuvieron fuera del edificio, bajo el cielo ya oscuro.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Julia.

—Sí, pero tenemos que analizar los ficheros cuanto antes —respondió Aleix.

Laura asintió y tomó la delantera, guiando al grupo hacia el parque fuera del instituto.

Por el camino, se encontraron con Mario, que los esperaba cerca de la entrada trasera, apoyado contra la pared con su mochila al hombro.

—¿Todo bien? —preguntó Mario al verles la cara.

—Lo tenemos —respondió Aleix, dando un pequeño golpecito a su portátil, que llevaba firmemente bajo el brazo.

Julia dejó escapar un suspiro mientras se apartaba un mechón de pelo de la cara.

—Espero que esos ficheros valgan la pena, porque si casi nos pillan para nada, no me lo voy a tomar bien —dijo Laura, lanzando una mirada seria al grupo.

—Lo sabremos en cuanto lleguemos a casa. No perdamos más tiempo —apuntó Aleix, echando a andar con decisión.

Sin más palabras, emprendieron el camino hacia la casa de Laura y Aleix. El portátil se había convertido en el centro de atención y, aunque avanzaban en silencio, la tensión flotaba en el aire.

3

Cuando la desconfianza crece

La tarde caía sobre la casa de Laura y Aleix, su base de operaciones improvisada. La habitación estaba patas arriba, llena de papeles con garabatos, apuntes y cables enredados sobre el escritorio donde Aleix trabajaba sin descanso.

Julia, sentada en el suelo sobre un montón de cojines, repasaba mentalmente cómo habían logrado salir por los pelos de la sala de servidores sin ser vistos, con el corazón aún latiéndole con fuerza.

Mario caminaba de un lado a otro, inquieto.

Laura, mientras tanto, intentaba reconstruir mentalmente los apuntes que habían desaparecido de su ordenador de forma inexplicable. Sus dedos tamborileaban

sobre la mesa con impaciencia, mientras una mezcla de frustración y preocupación se reflejaba en su mirada fija en Aleix.

Habían pasado un par de horas desde que Aleix enchufó el portátil y comenzó a descryptar el archivo. Con cada intento fallido y cada línea de código sin sentido, la frustración crecía. El aire de la habitación estaba cargado, y el silencio se volvía casi insoportable.

—Esto está siendo más complicado de lo que pensabas, ¿no, Aleix? —dijo Mario, apoyándose contra la pared con los brazos cruzados.

Aleix no levantó la vista de la pantalla, pero su respuesta llegó cargada de cansancio.

—No es que sea complicado, estos archivos están protegidos con varias capas de seguridad. Hay que ir descifrando una por una y eso lleva su tiempo.

Laura, que había permanecido en silencio, levantó la cabeza y lo miró con una mezcla de preocupación y curiosidad. —¿Y tienes alguna idea de qué puede estar pasando? Porque necesitamos llegar a esos archivos cuanto antes.

—Estoy cerca —murmuró Aleix, ajustando el código en su pantalla—. Dame un poco más de tiempo.

Mario suspiró y se dejó caer en una silla con gesto tenso.

—Vale, pero más vale que todo esto sirva para algo —dijo con un tono de reproche que hizo el ambiente aún más

pesado.

Julia, que hasta ese momento solo había observado en silencio, se levantó despacio y, con un gesto calmado, se puso entre Mario y Aleix.

—Eh, tranquilos todos. Respiremos, ¿vale? —dijo, posando una mano en el hombro de Aleix—. Estás haciendo un trabajo increíble, lo sabemos.

Mario se frotó la cara con las manos y soltó un largo suspiro.

—Lo siento, es solo que me siento inútil. No hago nada, y eso me mata.

Aleix giró la silla para mirarle.

—Lo sé, tío. Pero necesito tiempo y paciencia.

—Esto está siendo laborioso, pero si seguimos juntos y nos calmamos, seguro que llegaremos a algo —añadió Julia, intentando relajar el ambiente.

Laura cerró la pantalla de su ordenador y suavizó el tono.

—Mario, sé que empezamos a estar todos frustrados, pero si nos ponemos a discutir, no vamos a ninguna parte. O trabajamos juntos, o esto se nos va de las manos.

Mario asintió, avergonzado.

—Tienes razón. No os meteré más presión, lo prometo. Pero si puedo hacer algo para ayudar, decidlo.

Julia le dio un codazo amistoso en las costillas.

—Siempre puedes ser el animador del grupo. Nos hace falta algo de buen rollo.

Mario rió, relajándose al fin.

—Vale, eso puedo hacerlo.

Mientras Aleix volvía a centrarse en la pantalla, Julia se acomodó de nuevo en los cojines y Mario se sentó junto a Laura. Ella le lanzó una sonrisa, casi imperceptible.

—Si esto sigue así, no sé cómo vamos a preparar la Selectividad —murmuró Laura.

Mario cogió uno de sus apuntes.

—Puedo echarle una mano si quieres. Así repaso también.

Laura lo miró, sorprendida, con una chispa de curiosidad en los ojos.

—¿Tú ayudándome a estudiar? Esa sí que no me la esperaba.

—Oye, no soy un genio, pero tampoco soy tan torpe. Además, nos viene bien a los dos —respondió Mario, encogiéndose de hombros.

Julia, desde su rincón, observaba la escena con una sonrisa antes de girarse hacia Aleix. Se agachó junto a él y habló en voz baja.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—Lento. Pero creo que he sacado algunos fragmentos del archivo "*Santuario-01*". Están cifrados y no entiendo por qué alguien protegería tanto esto en un colegio —respondió Aleix, sin apartar los ojos de la pantalla.

Julia le dio un suave toque en el hombro.

—Porque no es solo un colegio, Aleix. Hay algo más. Y

tú eres el único que puede descubrirlo.

Aleix sonrió ligeramente.

—Gracias. Necesitaba oír eso.

De repente, el ordenador emitió un pitido. Aleix se inclinó hacia la pantalla, y sus ojos se iluminaron.

—¡Eh, chicos! Creo que he encontrado algo.

Laura y Mario se acercaron al escritorio, detrás de Julia. La pantalla mostraba una serie de códigos y un archivo parcialmente descifrado.

—¿Qué es eso? —preguntó Laura, conteniendo el aliento.

—Parte del archivo "*Santuario-01*". Parece estar relacionado con la IA que gestiona el sistema de control del colegio. Podría explicar por qué todo está fallando.

Julia miró a los demás, su expresión oscilaba entre la emoción y la inquietud.

—¿Seguimos adelante, no? —animó.

Antes de que nadie pudiera responder, el portátil de Aleix se apagó de repente. Un zumbido rompió el silencio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura, incrédula.

Aleix intentó reiniciar el portátil, pero sus manos temblaban.

El grupo intercambió miradas de preocupación.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Mario, intentando mantener la calma.

De repente, la pantalla volvió a encenderse con un mensaje en letras rojas: "NO SIGÁIS O HABRÁ

CONSECUENCIAS".

El silencio fue absoluto. Tras unos segundos, el portátil se apagó de golpe otra vez.

Laura respiró hondo, intentando controlar el pánico que sentía desde que el portátil de Aleix había dejado de responder.

—Esto va en serio. Pero no podemos dejar que nos intimiden —dijo con firmeza, girándose hacia su hermano—. ¿Puedes arreglarlo?

Aleix negó con la cabeza, pensativo, mientras apretaba los botones del portátil sin entender qué había pasado. —No lo sé, pero lo intentaré. Quizá el Avi pueda ayudarnos.

Laura miró el reloj y suspiró.

—Ya es tarde. No podemos hacer nada más esta noche. Mejor lo dejamos por hoy y cada uno vuelve a casa, mañana será otro día y podremos retomar esto con la cabeza más clara.

El grupo asintió en silencio, agotados por el día. Mientras los demás recogían sus cosas, Aleix seguía dándole vueltas a cómo reparar el portátil y continuar su investigación.

A la mañana siguiente, Aleix salió temprano con el portátil bajo el brazo, decidido a buscar respuestas. Si alguien podía ayudarle a entender lo que había ocurrido, ese era su abuelo, el Avi Jaume.

LOS CAZADORES DE GLITCHES

¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Si esta historia te ha despertado la curiosidad, la aventura completa te espera en Amazon.

Escanea el código QR o haz click en el link



[HAZ CLIC AQUÍ](#)
[LOS CAZADORES DE GLITCHES](#)

JAUME FIGUERAS